

El estudio

La evolución de las arañas que viven cabeza abajo

El investigador del CSIC Jordi Moya-Laraño ha descubierto que las especies de arañas colgantes, las que viven cabeza abajo, han modificado su morfología a lo largo del tiempo para

tener un menor gasto energético. En concreto, han desarrollado patas de longitud desproporcionada, en comparación con otros tipos de arañas, lo que les permite moverse más rápido.



Alerta

Un grupo de osos no ha hibernado esta temporada

La ONG Fapas ha advertido de que algunos osos cantábricos no han hibernado este año por falta de comida y circulan por la montaña, en plena temporada de caza de jabalíes.

El dato

Los matorrales también son un sumidero de CO₂

El matorral, presente en los ecosistemas semiáridos, funciona como un sumidero de CO₂, al igual que la superficie arbolada, según un estudio de la Universidad de Granada.

La demanda en Occidente de maderas exóticas contribuye a la destrucción de la Amazonia

Los indios Awá viven bajo la amenaza de la globalización

En primera persona

Una antropóloga es testigo del infeliz choque de los indios con los madereros

ALMUDENA HERNANDO
MADRID

Poder vivir junto a indios de la Amazonia que cazan con arco y flechas y amamantan a los monos que adoptan, como hacen los Awá (también conocidos como Guajá), significó cumplir uno de mis sueños de infancia. Pero ni Alfredo [González Ruibal, compañero de Departamento y de campañas] ni yo pudimos nunca sospechar la tristeza y la frustración que podían teñir cada campaña de campo; ni la claridad con que, estando allí, se entiende cómo la globalización que acompaña a nuestro Estado del bienestar es la responsable última del imparable ritmo de destrucción que amenaza con hacer desaparecer la Amazonia y, con ella, una de las últimas culturas de cazadores-recolectores del planeta.

Los Awá son un grupo de indios del tronco lingüístico tupí-guaraní que vive en la Amazonia brasileña del Estado de Maranhão. Desde hace unos 30 años, la Fundación Nacional del Indio (FUNAI) ha ido trasladando a tres de sus reservas a los Awá que encuentra aislados o perdidos, a consecuencia de masacres e invasiones en su tierra de origen. En total, suman unos 300, a los que debe añadirse un máximo de 200 no contactados aún, un porcentaje muy reducido de su población original, antes de la colonización de esa zona de América. En su nueva residencia, la mayor parte de ellos ha reducido su movilidad, pues ahora se sienten más seguros

junto al puesto de la FUNAI, que prevé un futuro agotamiento de los recursos silvestres de la zona, por lo que les presiona para que aprendan a cultivar mandioca y arroz, a lo que, en general, se resisten.

La consecuencia es que, dentro del mismo grupo, existe una gama variada de posibilidades de vida; desde los que siguen manteniendo su cultura más tradicional, incluyendo técnicas de caza, movilidad, desnudez, ritos, estructuras de habitación o cultura material, hasta los que ya construyen viviendas siguiendo el modelo campesino, se visten con ropas que la FUNAI les da y presentan una menor resistencia a trabajar en la roza.

Todo ello nos permitía estudiar diversos aspectos relacionados con las diferencias en el uso de la cultura material y en la percepción del mundo —incluido el tiempo y el espacio— que se perciben en el paso entre la caza-recolección y la agricultura, así como estrategias de resistencia cultural, que implicaran el uso simbólicamente activo de la cultura material, objetivos de nuestro proyecto de investigación —integrado también por miembros de Brasil (Beta Beserra Coelho) y de Argentina (Gustavo Politis)—.

No obstante, estos objetivos comenzaron a perder parte de su sentido cuando iniciamos la primera campaña y comprobamos que, pese a las leyes dictadas y los límites en los mapas, la extensión real por donde los indios podían moverse en la Tierra Indígena Awá se veía limitada a un 10% de su extensión teórica y legal, porque los madereros estaban cortando de lado a lado la reserva, mediante caminos que secaban ríos, espantaban animales y constituían una barrera literal al paso humano.

Es difícil transmitir la pro-



Almudena Hernando con Americhá, la más anciana del poblado (arriba). Un Awá preparando sus armas (abajo, izquierda) y efectos de la tala (derecha). ALFREDO G. RUIBAL

fundísima tristeza que se siente cuando, acompañando a los indios en una partida diaria de caza, se es testigo de su repentina concentración en los estremecedores sonidos que trae la distancia: motores (tractores, sierras mecánicas) que sirven de fondo al estruendo inconfundible que provoca la caída de los árboles más viejos y valiosos de su reserva; o la compasión que despiertan cuando, armados de sus arcos y flechas, deciden organizar una partida para expulsar a los invasores y regresan sin haberse atrevido a salir del telón protector de su selva, vencidos, sin haber podido siquiera dar la batalla, ante la incuestionable superioridad en armas, hombres y tecnología de quienes están al otro lado.

Todo el mundo sabe quiénes son los madereros. Hay

«Armados de sus arcos y flechas, deciden expulsar a los invasores»

«No conectamos nuestro bienestar con lo que allí ocurre día tras día»

pueblitos alrededor de la tierra Awá que viven de las serrierías, donde se cortan y pulen las maderas que luego se exportan al resto del país —o a Estados Unidos, o a Europa—. Pero nadie parece interesado en poner freno a semejante destrucción. Sin duda, la corrupción limita esa posibilidad, pero ésa no es la causa principal del problema.

La selva de los Awá está desapareciendo, entre otras cosas porque nosotros no pedimos un certificado de origen de la madera cuando compramos muebles con los que decorar nuestras casas; ni nos preguntamos de dónde viene la soja y el biocombustible; ni, en general, conectamos nuestro bienestar con lo que allí, tan lejos de nuestra vista y nuestra conciencia, sigue ocurriendo día tras día, hoy mismo, a tiempo aún de frenar la desaparición de lo que todavía queda sin destruir.

* ANTRÓPOLOGA DE LA UNIVERSIDAD COMPLUTENSE DE MADRID